



Dora Ramírez. *Retrato de Frank Olarte*. Óleo sobre lienzo. 95.5 x 60 cm. 1968

Un retrato libertario

Guillermo Correa Montoya

Una atmósfera secreta se asoma en este retrato. Lo indecible que necesita suspenderse en el misterio y borrarse a la interpretación del ojo corriente lo inunda todo; en él, lo evidente se escurre y se oscurece al sentido común, como si una realidad negada pasara frente a nuestros ojos, pero solo viéramos espejos equívocos, imágenes coloridas que nos abofetean con tanta calidez y osadía que, lejos de ofendernos, solo sentimos encantamiento.

Dora y Frank entrelinearon esa palabra que, finalizando la década del sesenta, en su simple enunciación resonaba a amenaza y destierro y en un juego cómplice construyeron una obra de presencia contundente y ausencia protectora. Los deseos y cuerpos, disidentes del orden normativo en aquella ciudad de espaldas a las libertades sexuales, y trágica para las fugas del género. Si se comunican producen cicatrices, descargan palabras abyectas, inventan monstruos y ocasionan exilios. No obstante, Dora, la artista de gracia irreverente, cargada de libertad e intrepidez, conjura esas prohibiciones y recrea una imagen, otorgándole todas las libertades, la fuerza y la dignidad disidente a Frank.

Ese giro en la mirada, que se arriesga a leer en los pliegues subjetivos, parte de esos constreñimientos corporales que una sociedad cerrada, de conservadoras tradiciones y morales de castigo, se empecina en borrar, incluso en la representación, son la mirada de Dora y su complicidad con Frank. Y, en ese entrecruzamiento de ojos oblicuos, el encuentro tiene lugar y la obra emerge como una co/creación pictórica, un retrato de brillos libertarios y colores tan profundos como los secretos que amarra.

En conversación con su hija, María Clara Echeverría, me cuenta que la pintura en sí misma define parte de lo que era su mamá como artista. Esta obra, calificada de especial, representa una época de apertura y exploración estética que derivó en todo un proyecto alrededor de personajes narrados y contruidos desde sus propias palabras y formas estéticas, trabajo que abrió el espacio para su serie icónica de los mitos. Dora empezó a trabajar los retratos desde el sentido profundo de los personajes; dedicaba horas a conversar con ellos, se volvía amiga y cercana, y en ese espacio de camaradería ella se metía en el closet de ellos, identificaba los accesorios que más los identificaban y, entre conversaciones interminables, emergía la obra.

Frank Olarte, homosexual, hijo de un Olarte y una mujer norteamericana, había sido educado en un ambiente de amplias libertades, lo que le permitió, lejos del complejo campo de sanciones sociales, construirle un repertorio identitario a su estilo atrevido. Tenía una galería artística en el centro de la ciudad, en la que abrió un espacio para una nueva mirada del arte, lejos de sus formatos y temas tradicionales y en ese juego de aperturas, al estilo de grietas por las cuales se va filtrando la atmósfera libertaria, Frank y Dora se encontraron y en sus diálogos trasgresores construyeron su osadía dispuesta en un retrato.

Guillermo Correa Montoya es Trabajador Social y doctor en Historia. Actualmente se desempeña como jefe del Departamento de Trabajo Social en la Universidad de Antioquia.